

# 1

El día empieza de la manera habitual. Otro día de octubre en Miami, de una belleza monótona, con el típico cielo azul sin nubes y una temperatura máxima prevista que rondará los veintisiete grados. Nada sugiere que hoy presente una variación sustancial con respecto a ayer o anteayer, nada sugiere que hoy o, más en concreto, esta noche, vaya a cambiar mi vida para siempre.

Me despierto a las siete. Me ducho y me visto, una falda negra plisada y una blusa de algodón blanca, un atuendo un poco más formal que el habitual. Me cepillo el pelo, castaño claro, que cuelga en ondas sueltas hasta la mitad de mi espalda. Aplico un toque de colorete a mis mejillas y una pizca de rímel a mis pestañas. Me preparo un poco de café, engullo un *muffin* y llamo a la portería a las ocho y media para que uno de los empleados del aparcamiento suba mi coche del garaje.

Podría ir yo misma a buscar el Porsche plateado, pero a los empleados les pone conducirlo, aunque sean los treinta segundos que tardan en subir por la rampa circular desde mi plaza de aparcamiento, en el nivel menos tres, hasta la entrada delantera. El de esta mañana es Finn, casi apuesto con su uniforme de pantalones caqui y camisa de manga corta verde bosque, sentado al volante.

—¿Mucho trabajo hoy, señorita Carpenter? —pregunta mientras cambiamos de sitio.

—Tan sólo un día más en el paraíso.

—Que lo disfrute —dice, al tiempo que cierra mi puerta y se despide agitando la mano.

Me dirijo hacia Biscayne Boulevard y el bufete de Holden, Cunningham y Kravitz, para el cual llevo trabajando como investigadora casi dos años. El bufete, que emplea a unas trescientas personas, ciento veinticinco de las cuales son abogados, ocupa las tres últimas plantas de

una impresionante torre de mármol en el corazón comercial de la ciudad. En circunstancias normales me daría el gusto de tomar otra taza de café, mientras intercambio los cumplidos de rigor con quien estuviera remoloneando en la sala de descanso, pero hoy debo presentarme en el tribunal, de modo que aparco el coche en el garaje subterráneo, guardo bajo llave en la guantera la Glock para la que tengo permiso, y paro un taxi para recorrer el breve trayecto que me separa de la calle West Flagler 73 y el Palacio de Justicia del Condado de Miami-Dade. El aparcamiento en la calle es prácticamente mínimo o inexistente en esta zona, y no puedo permitirme el lujo de desperdiciar un tiempo precioso buscando un hueco. Me han citado como testigo de refutación en un caso de espionaje industrial, y estoy ansiosa por prestar declaración. Al contrario que muchos compañeros de profesión, que prefieren permanecer en el anonimato, a mí me gusta mucho testificar.

Tal vez se deba a que, como investigadora, paso mucho tiempo en relativo aislamiento. Mi trabajo consiste en reunir información que pueda ser útil para la defensa, investigar a esposas infieles y a empleados sospechosos, ocuparme de tareas de vigilancia, tomar fotografías, grabar en vídeo encuentros clandestinos, buscar e interrogar a posibles testigos, localizar a herederos desaparecidos y reunir datos, algunos de los cuales podrían resultar pertinentes y admisibles en el tribunal, y otros tan sólo lúbricos, pero útiles de todos modos. Cuando he recabado toda la información necesaria, me siento y redacto un informe. En ocasiones, como hoy, me citan para prestar declaración. Es esencial un conocimiento superficial de derecho, de manera que los varios años que pasé en la Universidad de Miami estudiando criminología no significaron una pérdida de tiempo total, pese a que interrumpí la carrera antes de licenciarme. Según la página web donde obtuve mi permiso de investigadora, forma parte de la descripción de mi trabajo ser lista, instruida, tenaz, metódica, ingeniosa y discreta. Intento ser todo eso.

Cuando llego al Palacio de Justicia, ya se ha formado una larga cola de gente que está esperando para atravesar los detectores de metales. La ascensión en un ascensor abarrotado hasta el piso veintiuno es lentísima. Parece casi de chiste ahora pensar que, cuando finalizó la construcción de este edificio de veintiocho pisos en 1928, no sólo era el

edificio más alto de Florida, sino el más alto al sur de Ohio. Por asombroso que parezca, su fachada de piedra caliza blanca aún consigue destacarse entre los edificios de cristal, en su mayoría casi indistinguibles unos de otros, que lo rodean y empuqueñecen. El interior del edificio es otra historia, diferente y menos impresionante; el vestíbulo todavía espera los fondos necesarios para completar su interrumpida renovación, y la mayoría de las salas de los tribunales parecen tan rancias como el olor que a veces las impregna.

—Diga su nombre y ocupación —ordena el secretario del condado cuando subo a prestar declaración y accedo a decir toda la verdad y nada más que la verdad.

—Bailey Carpenter. Investigadora de Holden, Cunningham y Kravitz.

—¿Cómo estás, Bailey? —pregunta Sean Holden cuando tomo asiento. Sean no sólo es mi jefe, sino uno de los padres fundadores y una de las principales estrellas del bufete, a pesar de que sólo tiene cuarenta y dos años. Le veo abrocharse los botones de su chaqueta azul de raya diplomática, mientras pienso que es un hombre impresionante. No es apuesto en el sentido tradicional. Sus facciones son algo toscas, sus ojos color avellana pequeños y demasiado huidizos, su pelo oscuro tal vez demasiado rizado, sus labios una pizca demasiado gruesos. Un poco demasiado de todo, lo cual suele ser más que suficiente para intimidar a la otra parte.

El caso que se dirime en la sala es relativamente simple: nuestro cliente, el propietario de una cadena local de panaderías que gozan de cierto éxito, ha sido demandado por una antigua empleada, que le acusa de despido improcedente. Él la demandó a su vez, alegando que la mujer fue despedida por divulgar secretos industriales a su principal competidor. Ella ya ha testificado que sus encuentros con el competidor en cuestión fueron totalmente inocentes, que su marido y ella le conocen desde la infancia, y que sus encuentros, todos los cuales están detallados en mi informe y entregados ya como pruebas, se produjeron con el único propósito de preparar una fiesta sorpresa para el cuarenta cumpleaños del marido. Declaró de manera voluntaria que es una mujer honrada, que jamás traicionaría voluntariamente la confianza de su

jefe. Ése fue su error. Los testigos nunca deben declarar nada de manera voluntaria.

Sean me formula una serie de preguntas relacionadas con el trabajo, al parecer inofensivas, antes de centrarse en la razón de mi presencia aquí.

—Está enterada de que Janice Elder ya ha declarado bajo juramento que es, y cito textualmente, «una mujer honrada incapaz de semejante traición».

—Sí, estoy enterada.

—¿Y está aquí para refutar dicha declaración?

—Tengo pruebas que refutan tanto su afirmación de honradez como la de que es incapaz de traicionar.

El abogado de la otra parte se pone en pie de inmediato.

—Protesto, señoría.

—La propia señora Elder abrió la puerta a esta línea de interrogatorio —interviene Sean, y el juez dictamina enseguida en su favor.

—¿Ha dicho que tiene pruebas que refutan tanto su afirmación de honradez como la de que es incapaz de traicionar? —pregunta Sean, repitiendo mis palabras.

—Sí.

—¿Qué pruebas tiene?

Consulto mis notas, aunque la verdad es que no las necesito. Sean y yo llevamos ensayando mi testimonio desde hace días, y sé exactamente lo que voy a decir.

—La noche del doce de marzo de 2013 —empiezo—, seguí a la señora Elder hasta el hotel Doubleday Hilton de Fort Lauderdale...

Veo por el rabillo del ojo que Janice Elder conferencia apresuradamente con su abogado. Veo pánico en sus ojos.

—Protesto —repíte el abogado.

Su protesta es desestimada de nuevo.

—Prosiga, señorita Carpenter.

—La vi acercarse al mostrador de recepción y recibir la tarjeta de una habitación. La doscientos catorce, a nombre de un tal Carl Segretti.

—¿Qué demonios? —exclama un hombre desde el banco que hay justo detrás de la señora Elder. Es Todd Elder, el marido de Janice, y ya

se ha puesto en pie, una combinación de conmoción e indignación ha provocado que su piel bronceada se tiña de un rojo intenso, como si alguien le hubiera prendido fuego—. ¿Te has estado viendo a escondidas con Carl?

—Protesto, señoría. Esto no tiene nada que ver con el caso.

—Al contrario, señoría...

—¡Zorra mentirosa!

—Orden en la sala.

—¿Te has estado tirando a mi primo?

—Alguacil, llévese a ese hombre. —El juez golpea la mesa con el mazo—. Se suspende el juicio durante treinta minutos.

—Buen trabajo —comenta Sean mientras paso de largo para salir de la sala. La hostilidad de los ojos de la señora Elder me quema la espalda como ácido.

Consulto en el pasillo mi teléfono mientras espero a saber si me llamarán de nuevo al estrado. Hay un mensaje de Alissa Dunphy, que hace tres años fue nombrada socia en el bufete, en el que me pide investigar la posible reaparición de un tal Roland Peterson, un padre tráfuga que huyó de Miami hace unos meses para no pagar a su exesposa los varios cientos de miles de dólares que le debe en concepto de pensión alimenticia y manutención del hijo.

—Bien, eso ha sido una sorpresa bastante desagradable —dice una voz detrás de mí, mientras devuelvo el teléfono a mi bolso de lona gigante. La voz pertenece al abogado que representa a Janice Elder. Se llama Owen Weaver y calculo que tendrá treinta y pocos años, lo cual significa que tiene unos cuantos años más que yo. Observo que sus dientes son blancos y rectos, algo que no concuerda del todo con su atractiva sonrisa torcida.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo —le digo, una disculpa a medias.

—¿Tienes que hacerlo tan bien? —La sonrisa que le ilumina sus ojos castaño claro me revela que, en realidad, no estamos hablando del caso en absoluto—. Hazme un favor.

—Si puedo.

—Cena conmigo —continúa, confirmando mis sospechas.

—¿Qué?

—Cena conmigo. El restaurante que tú elijas. ¿El sábado por la noche?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—¿Te sorprende?

—Bien, teniendo en cuenta las circunstancias...

—¿Te refieres al hecho de que acabas de destrozarme el caso?

—Exacto.

—Aun así, hemos de comer.

—Eso también es verdad. —La puerta de la sala se abre de golpe y Sean Holden se dirige con paso decidido hacia mí.

—Si me disculpas un momento... Mi jefe...

—Por supuesto. —Owen Weaver introduce la mano en el bolsillo interior de su chaqueta azul marino y me entrega su tarjeta—. Llámame. —Sonríe, primero a mí, y después a Sean—. Concédame diez minutos con mi cliente —le dice antes de alejarse.

Mi jefe asiente.

—¿De qué estabais hablando?

Guardo la tarjeta de Owen en el bolso y me encojo de hombros, como para indicar que la conversación carecía de toda importancia. Sean mira hacia la sala, y mis ojos siguen los de él. El marido de la señora Elder está solo y con cara de esfinge junto a la puerta, los puños caídos a los costados, su cuerpo musculoso y tenso, preparado para entrar en acción. Capta mi mirada y dibuja con la boca la palabra «zorra», transfiriendo la furia que siente por su esposa a mí. No es la primera vez que he sido víctima de una rabia inmerecida.

Cuando el juicio se reanuda, media hora después, la señora Elder ha accedido a retirar su demanda si nuestro cliente hace lo mismo. Nuestro cliente rezonga, pero al final cede, y nadie se marcha contento, lo cual, según me han dicho, es una señal inequívoca de un buen compromiso. Al menos, Sean y yo nos sentimos complacidos.

—He de irme corriendo —me dice mientras salimos del Palacio de Justicia—. Nos veremos más tarde. Ah, Bailey —añade, al tiempo que para un taxi y sube—. Felicidades. Lo has hecho muy bien.

Veo el taxi desaparecer en el tráfico antes de parar a otro taxi para volver a Biscayne Boulevard. Pese a nuestra victoria en el tribunal, me

siento un poco decepcionada. Supongo que esperaba algo más que una simple palmadita en la espalda. Una comida de celebración habría sido estupendo, pienso mientras localizo el coche en el garaje subterráneo y subo, abro la guantera y devuelvo mi pistola al bolso, donde aterriza sobre la tarjeta de Owen Weaver. Estoy acariciando la idea de aceptar su oferta. Desde que rompí con mi novio, he pasado demasiadas noches de sábado sola.

Veinte minutos después continúo dudando si acepto o no su invitación, cuando doblo la esquina de la calle 129 Noreste, en el Norte de Miami. Aparco mi coche en la tranquila calle residencial, me encamino hacia el edificio amarillo limón situado al final de la hilera de edificios similares, anticuados y de tonos pastel. Aquí es donde vive Sara McAllister. Sara era la novia de Roland Peterson cuando él huyó de la ciudad para no tener que pagar la pensión de sus hijos. Tengo la corazonada de que ella sea tal vez la razón de que él haya vuelto, algo que me propongo averiguar.

Cerca del final de la calle hay un círculo alargado de arbustos, un espacio aislado y recóndito al mismo tiempo, pese a su proximidad a la carretera. Difícilmente hubiera podido encontrar un mejor escondite para vigilar. Doy un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie está mirando, saco los prismáticos del bolso y me adentro hasta la mitad de los arbustos, desplazo varios brotes de color coral cuando me agacho entre las flores y me llevo los prismáticos a los ojos. Los apunto al apartamento de la esquina del tercer piso del edificio de cuatro plantas, y manipulo las lentes hasta que se funden en una sola imagen.

Las cortinas de la sala de estar de Sara McAllister están abiertas, pero con las luces encendidas es difícil distinguir gran cosa del interior, salvo una lámpara de pantalla blanca situada al lado de la ventana. Da la impresión de que el apartamento está vacío, lo cual no es sorprendente. Sara es comercial de Nordstrom y suele trabajar hasta las seis. Decido que sacaré poco en limpio rondando por aquí. Es más sensato volver por la noche.

Tengo previstas dos citas esta tarde, además de un montón de papeleo por terminar. También quiero llamar a mi hermano, Heath. Ha pasado una semana desde la última vez que hablamos, y no puedo parar de

preocuparme por él. Lanzo una última mirada, en apariencia indiferente, alrededor de la vieja calle, congelada bajo la luz del sol como si estuviera detenida en el tiempo, tan inmóvil como una fotografía.

Empiezo a ponerme de pie cuando veo que algo destella en una ventana de enfrente, un indicio de que alguien se está apartando del marco. ¿Había alguien observándome?

Subo de nuevo los prismáticos hasta mis ojos, pero no veo a nadie. Paranoia profesional, decido, mientras salgo de los arbustos, me sacudo una flor de hibisco de la hombrera de mi blusa blanca, y me limpio la tierra adherida a mis rodillas. Decido que elegiré otro atuendo más apropiado para cuando vuelva esta noche y pueda utilizar la oscuridad a modo de escudo protector. Soy lo bastante ingenua para pensar que me mantendrá a salvo de ojos curiosos como los míos.



## 2

Esto es lo que recuerdo: el tibio aire de la noche, la oscuridad tan suave e invitadora como un chal de cachemira, una brisa ligera que rozaba como si flirtara con la parte superior de los arbustos entre los que me oculto, su dulce olor, sus flores de color coral replegadas sobre sí mismas, cerradas a la oscuridad. Soy vagamente consciente de su tenue aroma mientras miro a través de los prismáticos la ventana del tercer piso perteneciente a Sara McAllister, me duelen las rodillas de llevar tanto tiempo acucillada, tengo calambres en los dedos de los pies. Es cerca de la medianoche y hace horas que estoy aquí, y la irritabilidad se está enroscando alrededor de mi conciencia como una boa constrictor hambrienta. Pienso que si no veo algo, lo que sea, pronto, daré por finalizada la noche.

Es entonces cuando lo oigo: el crujido de una rama, quizás, aunque no estoy segura, lo que indica que hay alguien detrás de mí. Me vuelvo a mirar, pero ya es demasiado tarde. Una mano enguantada cubre enseguida mi boca, enmudece mis chillidos. Noto sabor a cuero, viejo, rancio, terroso. Y después, aquellas manos en todas partes, sobre mis hombros, en mi pelo, me arrebatan los prismáticos de los dedos, un puño se estrella contra mi estómago y contra el lado de la cabeza, de modo que veo borroso el mundo que me rodea y el suelo cede bajo mis pies. Aprietan una funda de almohada contra mi rostro. No puedo respirar, y me entra el pánico. Conserva la calma, me digo, en un esfuerzo por recuperar el equilibrio y mantener a raya el creciente terror que siento. Toma nota de todo cuanto está sucediendo.

Pero todo está sucediendo demasiado deprisa. Incluso antes de que me cubran con la funda de almohada, el algodón blanco imponiéndose a la negrura de la noche, sólo veo una forma vaga. Un hombre, desde luego, pero no tengo ni idea de si es joven o viejo, gordo o delgado, ne-

gro, moreno o blanco. ¿Estaría esperándome el hombre al que yo estaba esperando? ¿Me vio escondida entre los arbustos y se limitó a esperar el momento adecuado?

Ésta es una buena noticia, me tranquilizo. Si es Roland Peterson sólo querrá asustarme, no matarme. Matarme sólo le traería más problemas, y ya tiene bastantes. Tal vez me dé una paliza, me meterá el temor de Dios en el cuerpo, pero después desaparecerá. Cuanto antes deje de oponer resistencia, antes me dejará en paz.

Sólo que no me deja en paz. Me está arrancando la ropa, sus dedos abren los botones de mi camisa negra y me suben el sujetador por encima de los pechos.

—¡No! —grito cuando me doy cuenta de lo que está sucediendo. Otro puño se estrella contra mi mandíbula, y la boca se me llena de sangre—. ¡Basta! Por favor. No haga eso.

Pero mis súplicas son ahogadas y, aunque el hombre las oiga, no sirven para detener, ni siquiera para aplacar, la ferocidad de su ataque. Un instante después me está bajando los tejanos y las bragas. Pataleo ferozmente en el aire, y creo que mi bota entra en contacto con su pecho, pero no estoy segura. Es posible que sólo se trate de un deseo frustrado.

¿Qué está pasando? ¿Dónde está todo el mundo? Ya sé la respuesta. No hay nadie. La mayoría de los vecinos de este barrio tienen más de sesenta años. Nadie sale después de las diez de la noche, y ya no digamos al filo de la medianoche. Hasta el más devoto paseador de perros ha acostado a la pequeña *Fifi* hace horas.

Siento todo el peso del brazo del hombre sobre mi cuello y hombros, me tiene clavada al suelo como una mariposa en una pared, mientras la otra mano forcejea con sus pantalones. Oigo el nauseabundo sonido de una cremallera al bajarse, y después más forcejeos, está desenvolviendo algo.

Se está poniendo un condón, comprendo, y estoy pensando en aprovechar esta distracción cuando un repentino puñetazo en el estómago me deja casi sin aliento y me impide intentar escapar. El hombre me separa las piernas a toda prisa y me penetra. Siento el frío repentino del condón lubricado cuando se abre paso dentro de mí, y sus manos me agarran las nalgas. Ruego a mi cuerpo que se quede entumecido,

pero aun así noto las violentas embestidas. Después de lo que se me antoja una eternidad, todo termina. Me muerde el seno derecho cuando llega al orgasmo, y yo lanzo un grito. Segundos después, sus labios se acercan a mi oído, su aliento se abre paso entre las fibras de la delgada funda de almohada. Huele a colutorio, mentolado y fresco.

—Dime que me quieres —gruñe. Su mano enguantada aferra mi garganta—. Dime que me quieres.

Abro la boca, oigo la palabra «hijoputa» salir de mis labios. Es entonces cuando aumenta su presa. Las aletas de mi nariz se dilatan contra el algodón rígido de la funda de almohada, y jadeo horrorizada, respiro a grandes bocanadas, trago sangre. *Voy a morir aquí*, pienso, sin saber muy bien cuánto rato podré permanecer consciente. Imagino a mi madre y a mi padre, y por primera vez me alegro de que no estén vivos para tener que aguantar esto. El pulgar del hombre aprieta mi tráquea. Diminutos vasos sanguíneos estallan como fuegos artificiales detrás de mis ojos. Y entonces, por fin, misericordiosamente, la oscuridad exterior se desliza bajo mis párpados y ya no veo nada.

Cuando recobro el conocimiento, el hombre ha desaparecido.

La funda de almohada que rodeaba mi cabeza se ha desvanecido, y el aire de la noche está lamiendo mi cara, como un gato. Me quedo quieta un rato, incapaz de moverme, intentando reunir los pensamientos dispersos entre las flores de hibisco rotas que enmarcan mi cara, el sabor de la sangre en mi boca, un latido doloroso entre las piernas, los pechos doloridos y amoratados. Estoy desnuda de cintura para abajo, e incluso con los ojos casi cerrados por la hinchazón, distingo los riachuelos de sangre que surcan mis muslos. Poco a poco, me pongo el sujetador, recojo la blusa y busco los vaqueros entre los arbustos rotos. Mis bragas han desaparecido, así como mi bolso de lona, y junto con él mi pistola y el permiso de armas, el billetero, el móvil, la cámara, mis tarjetas de identificación (tanto personales como profesionales), y las llaves de mi coche y de mi apartamento, aunque consigo localizar los prismáticos.

—Socorro —oigo que grita alguien, sin apenas reconocer la voz que sé que es mía—. Que alguien me ayude, por favor.

Consigo ponerme los tejanos, intento levantarme, pero mis piernas poseen la fuerza de fideos mojados y se derrumban bajo mi cuerpo, de manera que gateo hasta la calle donde recuerdo haber aparcado el coche.

Como por milagro, el Porsche sigue en su sitio. Demasiado ostentoso para robarlo, probablemente. No es el coche más adecuado para alguien de mi profesión, pero había pertenecido a mi madre y no estoy dispuesta a desprenderme de él. Me aferro a la manilla de la puerta como si fuera un salvavidas, con la intención de incorporarme. El sofisticado sistema de alarma del coche se dispara al instante en una cacofonía de bocinas, timbres y silbidos. Me derrumbo sobre la carretera, la espalda apoyada contra la puerta, los pies extendidos ante mí. Miro hacia el apartamento que había estado vigilando y veo que un hombre aparece en la ventana. Guiada por un instinto, levanto los prismáticos. Pero son demasiado pesados, y yo estoy demasiado débil. Caen a mi lado sobre el hormigón.

Lo siguiente que recuerdo es despertar en la parte trasera de una ambulancia.

—Se pondrá bien —oigo que dice el paramédico.

—Se pondrá bien —repite otra voz.

Se equivocan.

Eso fue hace dos semanas. Ahora estoy en casa. Pero no me he puesto bien. No duermo, al menos sin el concurso de una potente medicación, y no como. Cuando lo intento, vomito. He perdido cuatro kilos, como mínimo, que no me podía permitir, porque, para empezar, pesaba cuatro kilos de menos. Y no lo he hecho a propósito. No soy de esas mujeres que creen en las dietas o vigilan lo que comen, y detesto el ejercicio. A mis veintinueve años, soy delgada por naturaleza. «Flacucha», me llamaban en el instituto. Fui la última chica de la clase en utilizar sujetador, aunque cuando mis pechos crecieron al fin, lo hicieron de una forma sorprendente, incluso sospechosa, hasta adquirir dimensiones grandes y abundantes. «Implantes, sin la menor duda», oí que decía una mujer de un grupo de abogadas en Holden, Cunningham y Kravitz, cuando pasé junto a ellas por el pasillo el mes anterior. Creo

que fue el mes pasado, al menos. No estoy segura. Estoy perdiendo la noción del tiempo. Otra entrada para mi columna de «cosas perdidas». Justo debajo de «confianza en mí misma». Justo encima de «cordura».

También ya no me veo como era. Antes, era bonita. Ojos grandes verdeazulados, pómulos pronunciados, las palas delanteras algo salidas, lo cual provoca que mis labios parezcan más gruesos de lo que son en realidad, pelo castaño largo y espeso. Ahora tengo los ojos empañados debido a las lágrimas que nunca cesan, y rodeados de morados; tengo las mejillas arañadas y huecas, los labios agrietados e incluso rotos debido a que me los muerdo, una costumbre que tenía de pequeña y que ahora ha vuelto. Mi pelo, en otro tiempo un motivo de gran orgullo y alegría, cuelga sin vida alrededor de mi cara, reseco por culpa de lavarlo demasiado, al igual que la piel, casi en carne viva por efecto de las numerosas duchas que me doy. Pero incluso con tres y hasta cuatro duchas al día, no me siento limpia. Es como si me hubiera revolcado en barro durante semanas y la suciedad se hubiera filtrado por todos mis poros, hasta tales profundidades que ha invadido mi torrente sanguíneo. Estoy contaminada. Envenenada. Un peligro para todos los que me miran. No es de extrañar que apenas me reconozca cuando me miro en el espejo. Me he convertido en una de esas mujeres de aspecto lamentable que ves en las esquinas de las calles, los hombros hundidos, las manos temblorosas extendidas y suplicando una limosna, la clase de mujer por la que cruzas la calle con tal de evitarla. La clase de mujer a la que culpas en secreto de su infortunio.

Esta mujer se ha convertido en mi compañera de piso y mi acompañante constante. Me sigue de habitación en habitación, como el fantasma de Marley, arrastrando los pies sobre los suelos de mármol beis de mi espacioso apartamento de dos habitaciones. Juntas vivimos en el piso veintitrés de un edificio de vidrio ultramoderno en el distrito Brickell de Miami, una zona a la que suele denominarse «el Wall Street del Sur». Además de ser el centro financiero de Miami, el barrio está plagado de lujosos centros comerciales y hoteles de postín, por no hablar de las más de diez mil comunidades de propietarios en urbanizaciones de lujo con vistas espectaculares tanto de la ciudad como del mar. Los ventanales de

mi sala de estar dan al hermoso río Miami, mientras idénticos ventanales de mi dormitorio dominan la parte posterior de otros rascacielos de vidrio. Por desgracia, muchos apartamentos están vacíos, pues el negocio inmobiliario de Florida quedó muy tocado por la reciente crisis económica. Pese a eso, otro edificio alto está creciendo justo al otro lado de la calle. Grúas por todas partes. El nuevo pájaro nacional, oigo a mi madre reír. Ya tenemos bastantes edificios de vidrio altos, pienso. De todos modos, ¿quién soy yo para protestar? Gente en casas de cristal, al fin y al cabo...

Me mudé el año pasado. Mi padre me compró el apartamento, si bien insistió en que sería feliz si viviera siempre en su casa. Pero admitió que tal vez había llegado ya el momento de que me independizara. Habían transcurrido dos años desde la muerte de mi madre. Yo trabajaba. Tenía novio. Tenía toda una vida por delante.

Eso era entonces, por supuesto.

Ahora es ahora.

Ahora no tengo nada. Mi trabajo está atascado; mi novio se fue; mi padre murió de un repentino ataque al corazón hace cuatro meses, y me dejó huérfana. Al menos, creo que han pasado cuatro meses desde que murió mi padre. Como ya he dicho, he perdido la noción del tiempo. Eso puede suceder cuando te quedas en el apartamento todo el día, cuando pegas un bote cada vez que suena el teléfono, y abandonas la cama sólo para ducharte o ir al lavabo, cuando tus únicos visitantes son la policía y el hermano que no me está demandando por la herencia de mi padre.

Gracias a Dios por mi hermano, Heath, aunque no sirva de mucha ayuda. Se derrumbó en el hospital cuando me vio después de la agresión, perdió el conocimiento y estuvo a punto de golpearse la cabeza contra un lado de la camilla. Fue casi divertido. Los médicos y enfermeras corrieron a su lado, y se olvidaron de mí un rato. «Es muy guapo», oí que susurraba una enfermera. No la culpo por distraerse unos momentos a causa de la apostura de Heath. Mi hermano, apenas once meses mayor que yo, es el más guapo de los hijos de mi padre. Su pelo oscuro siempre está cayendo sobre unos ojos de un tono verde anormal, y las pestañas que los enmarcan son obscenamente largas y femeninas. Las mujeres

siempre se enamoran de él. Los hombres también. Y a Heath siempre le ha costado decir no. A nadie. A nada.

En el hospital, me examinaron de pies a cabeza, y después anunciaron que podía considerarme afortunada. Una extraña selección de palabras, y es probable que se reflejara en mi cara, porque se apresuraron a matizarlas: al decir «suerte», se referían a que mi atacante había utilizado condón, de manera que no dejó semen en mi interior. Como resultado, no tenía que tomar esa espantosa medicación antisida ni la píldora del día siguiente, con el fin de evitar embarazos indeseados. Me ahorró eso. Un violador muy considerado. La mala noticia era que no había dejado el menor rastro de él. No hay ADN que analizar mediante los sofisticados ordenadores del CSI. A menos que pueda proporcionar a la policía algo más para proseguir la investigación, a menos que pueda recordar algo, cualquier cosa...

—Piense —recuerdo que me animó el agente de policía uniformado la noche de la agresión—. ¿Puede recordar algo del hombre, cualquier cosa?

Negué con la cabeza, sentí que mi cerebro se agitaba. Me dolió, pero intentar hablar era más doloroso todavía.

—¿Podemos repasar todo una vez más, señorita Carpenter? —preguntó otra voz, esta vez femenina—. A veces, cuanto más repasamos algo, más podemos recordar. Algo que tal vez ni siquiera hayamos considerado importante...

Claro, recuerdo haber pensado. Importante. Lo que sea.

—Su nombre es Bailey Carpenter, y vive en el mil doscientos veintiocho de la Primera Avenida Noreste. ¿Correcto?

—Sí, es correcto.

—Eso está en el centro. La encontraron en el Norte de Miami.

—Sí. Como ya le dije, estaba vigilando un apartamento de la zona. Soy investigadora y trabajo para Holden, Cunningham y Kravitz.

—¿Es un bufete de abogados?

—Sí. Estaba buscando a un hombre llamado Roland Peterson, quien se marchó de la ciudad hace un año. Representamos a su exesposa, y nos habíamos enterado de que el señor Peterson había regresado a la ciudad en fechas recientes, posiblemente para ver a su antigua novia.

—¿Estaba vigilando el apartamento de la novia?

—Sí.

—¿Cree que Roland Peterson es el hombre que la atacó?

—No lo sé. ¿Van a detenerle?

—Le investigaremos, desde luego.

Yo sospechaba que Roland Peterson, tanto si era el hombre que me había violado o sólo un padre tráfuga, estaría a punto de escapar de Florida a aquellas alturas.

—¿Puede describir al hombre que la atacó?

Sacudí la cabeza de nuevo, y sentí que mi cerebro se desplazaba hacia el oído izquierdo.

—Concédase unos minutos —me instó la mujer policía. Observé que iba vestida de paisano, lo cual debía significar que era detective. Detective Marx, creo que la había llamado el otro agente—. Ya sé que no es fácil, pero intente ubicarse de nuevo en aquellos arbustos.

*¿De veras es tan ingenua la detective Marx?, pienso ahora. ¿No se da cuenta de que estaré entre esos arbustos el resto de mi vida?*

Recuerdo haber pensado que era demasiado menuda, demasiado insustancial para ser agente de policía, sus ojos gris claro eran demasiado suaves, demasiado solícitos.

—Es que todo sucedió muy deprisa. Ya sé que es un tópico. Sé que habría debido estar más alerta, más atenta a mi entorno...

—No fue culpa suya —la interrumpió la mujer.

—Pero he practicado judo y taekwondo —argumenté—. No es que no sepa defenderme.

—Pueden pillar desprevenido a cualquiera. ¿No oyó nada?

—No lo sé —respondí, mientras intentaba recordar y no recordar al mismo tiempo—. Noté algo. Un leve cambio en el aire. No, espere. Oí algo, tal vez un paso, tal vez una ramita al romperse. Empecé a darme la vuelta, y entonces... —Un pañuelo de papel apareció de repente en la mano extendida del agente. Lo cogí y lo rompí en pedazos antes de que llegara a mis ojos—. Empezó a pegarme. Me daba puñetazos en el estómago y la cara. No podía orientarme. Me encasquetó una funda de almohada en la cabeza. No podía ver. No podía respirar. Estaba muy asustada.



—Antes de que la golpeará, ¿pudo distinguir algo? ¿Una forma? ¿El tamaño?

Intenté imaginar al hombre. En serio. Pero sólo vi la oscuridad de la noche, seguida de la asfixiante blancura de la funda de almohada.

—¿Logró ver cómo iba vestido?

Negué de nuevo con la cabeza.

—Debía ir vestido de negro. Con vaqueros. Llevaba vaqueros.

Oí la cremallera del hombre y me entraron ganas de chillar para enmudecer aquel sonido.

—Bien. Eso ha estado muy bien, Bailey. Vio cosas. Puede recordar.

Me sentí estúpidamente orgullosa de mí misma y me di cuenta de que estaba ansiosa por complacer a aquella mujer de ojos tan dulces y grises.

—¿Sabe si el hombre era negro, blanco o hispano?

—Blanco —dije—. Tal vez hispano. Creo que tenía el pelo castaño.

—¿Qué más?

—Tenía manos grandes. Llevaba guantes de cuero.

Percibí de nuevo el sabor del cuero rancio y reprimí las ansias de vomitar.

—¿Puede calcular su altura?

—Creo que era normal.

—¿Podría decirnos si era obeso, enclenque, musculoso...?

—Normal —repetí. ¿Podía aportar menos información? He recibido formación destinada a captar los detalles más nimios. Pero toda mi formación se esfumó con el primer puñetazo—. Era muy fuerte.

—Luchó con él.

—Sí, pero no paraba de pegarme, así que no conseguí establecer un contacto real en ningún momento. Nunca conseguí verle la cara. Todo era como una gran mancha.

—¿Se fijó en sus zapatos?

—No. ¡Sí! —me corregí, y mi mente recreó el icónico logo de Nike en la lona de las zapatillas deportivas del hombre—. Llevaba zapatillas deportivas negras Nike.

—¿Puede decirnos, más o menos, qué número calzaba?

—No, maldita sea. Soy una inútil. Una inútil total. No sé nada.

—Sí que sabe —dijo el agente—. Ha recordado las zapatillas deportivas.

—La mitad de la población de Miami utiliza zapatillas deportivas como ésas.

—¿Dijo algo?

—No.

—¿Está segura?

—No dijo nada.

Fue entonces cuando sentí los labios del hombre moverse cerca de mi oído, su voz abriéndose paso a través de la funda de almohada con la misma fuerza enfermiza que utilizaba para penetrarme. *Dime que me quieres.*

Todo mi cuerpo se puso a temblar. ¿Cómo podría olvidar aquello? ¿Cómo era posible que mi mente hubiera bloqueado algo tan obvio y terriblemente importante?

—¿Le dijo que le dijera que le quería? —repitió la detective Marx, incapaz de disimular su sorpresa y su asco.

—Sí. Lo repitió dos veces.

—¿Lo hizo usted?

—¿Si hice qué?

—Decirle que le quería.

—No. Le llamé hijoputa.

—Bien por usted —dijo, y experimenté una nueva oleada de orgullo—. Muy bien, Bailey. Esto es muy importante. ¿Puede decirme cómo sonaba? —Ya se estaba explicando antes de que yo pudiera pensar en una respuesta—. ¿Era norteamericano? ¿Tenía acento? ¿Su voz era grave o aguda? ¿Ceceaba? ¿Parecía joven o viejo?

—Joven. Viejo no, al menos. Pero no era un adolescente —maticé, mientras intentaba recordar cómo era la voz de los adolescentes—. Hablaba entre susurros. En realidad, era más bien un gruñido. No capté ni un acento ni un ceceo.

—Bien. Estupendo. Lo está haciendo muy bien, Bailey. ¿Cree que le reconocería si volviera a oír su voz?

Oh, Dios, pensé, mareada de pánico. No permitas que vuelva a oír esa voz, por favor.

—No lo sé. Quizá. Como ya le he dicho, hablaba entre susurros.  
—Otra oleada de pánico. Otro ataque de llanto. Otro pañuelo de papel—. Quiero volver a casa, por favor.

—Sólo unas preguntas más.

—No. No más preguntas. Se lo he contado todo.

Lo que le había contado era que el hombre que me había violado era, con toda probabilidad, un varón blanco de estatura y peso medios, de una edad comprendida entre los veinte y los cuarenta años, de pelo castaño y querencia por las zapatillas deportivas negras Nike. En otras palabras, no le había dicho nada.

—De acuerdo —accedió, aunque percibí reticencia en su voz—.  
¿Le parece bien que nos pasemos por su apartamento mañana?

—¿Para qué?

—Por si recuerda algo. A veces, una buena noche de sueño...

—¿Cree que dormiré?

—Creo que los médicos le recetarán algo para ayudarla.

—¿Cree que algo me servirá de ayuda?

—Sé que ahora no tiene esa impresión —dijo, y apoyó una mano cariñosa sobre mi brazo. Me obligué a no encogerme ante el contacto—. Pero a la larga lo superará. Su mundo volverá a la normalidad.

Su seguridad me maravilló, así como su ingenuidad. ¿Cuándo ha sido normal mi mundo?

Una breve historia familiar. Mi padre, Eugene Carpenter, se casó tres veces y engendró siete hijos: un chico y una chica con su primera mujer, tres chicos con la segunda, y a Heath y a mí con la tercera. Empresario e inversor de éxito, que amasó su inmensa fortuna en la bolsa, comprando a la baja y vendiendo a precios altos por lo general, mi padre había llamado la atención de investigadores estatales en más de una ocasión debido a su sospechosa buena suerte. Pero a pesar de sus ímprobos esfuerzos, nunca pudieron demostrar nada ni remotamente cercano a falta de ética profesional o malversación, motivo de inmenso orgullo para mi padre y de profunda frustración para su hijo mayor, el ayudante del fiscal del Estado que había ordenado la investigación. Con posterioridad, mi padre cortó todo contacto con él, y después le borró de su testamento. De ahí la demanda relacionada con su herencia, de la cual

Heath y yo somos los principales beneficiarios. El resto de nuestros hermanastros se han sumado a la demanda para reclamar lo que, insisten, es legalmente de ellos.

No puedo decir que les culpe. Mi padre fue, a lo sumo, un marido abominable para sus madres y un padre indiferente para todos. Su sentido del humor cruel y retorcido quedó de manifiesto con los nombres de donnadies (Tom, Dick y Harry) que les puso a los tres hijos que tuvo con su segunda esposa, y si bien siempre insistió en que no había sido intencionado, al menos hasta que llegó Harry, había algo indiscutible: enfrentaba a los hermanos entre sí de manera constante, con el resultado de que, de no ser por la demanda, dudo que hoy en día se dirigieran la palabra.

Por sorprendente que parezca, éste no fue el padre que Heath o yo conocimos. Nuestra infancia fue idílica; nuestro padre, el más cariñoso y atento que cualquier niño pudiera desear. Le concedo el mérito a mi madre. Dieciocho años más joven que mi padre, éste proclamaba con frecuencia que era la primera mujer a la que había amado de verdad, la mujer que le había enseñado a ser un hombre. Y creo que, debido a que la quería, nos quiso a nosotros también. El padre que recuerdo era generoso y tierno, bondadoso y muy protector. Cuando mi madre murió hace tres años de cáncer de ovarios, a la edad trágicamente joven de cincuenta y cinco años, mi padre se volvió loco de dolor. Aun así, nunca nos abandonó, nunca buscó una escapatoria en el hombre que había sido, jamás fue el hombre que recuerdan mis hermanastros.

Siempre conté con su apoyo.

Y después, de repente, desapareció.

El hombre al que yo consideraba invencible murió de un infarto masivo a la edad de setenta y seis años.

Eso fue hace cuatro meses.

Desde que murió, he roto con mi novio, Travis, y me he embarcado en lo que casi todo el mundo considera una relación poco aconsejable con un hombre casado. No es que una cosa esté relacionada con la otra. Hacía cierto tiempo que mi relación con Travis había empezado a deteriorarse. Me sentía fatal por la pérdida de mi padre, experimentaba un recrudecimiento de los ataques de angustia cotidianos que me habían

atormentado desde la muerte de mi madre, momentos en que ni siquiera podía mover las piernas, en que no podía inhalar aire suficiente para respirar. Intenté ocultar estos ataques a todo el mundo, y me las apañé bastante bien, pero había un hombre al que no era fácil engañar. «¿Vas a decirme qué está pasando?», preguntó. «¿Qué está pasando en realidad?» Y lo hice, a regañadientes de entrada, y después de manera compulsiva, como si una vez sacado ese tapón en concreto fuera imposible volver a meterlo. Se convirtió enseguida en mi aliado más íntimo, mi confidente, y al final, tal vez inevitablemente, en mi amante.

Supe desde el primer momento que jamás abandonaría a su esposa. Era la madre de sus hijos, y no podía imaginarse siendo un padre a tiempo parcial, por desdichado que fuera su matrimonio. Dijo que, si bien su mujer y él discutían muy pocas veces, se debía sobre todo a que vivían vidas separadas, y aunque se les veía en público con frecuencia, se retiraban a extremos opuestos de su casa cuando estaban solos. Habían transcurrido años desde la última vez que hicieron el amor.

¿Me lo creo? ¿Soy en realidad tan crédula? No lo sé. Sólo sé que cuando estoy con él, y cuando estamos juntos, estoy donde quiero estar y soy quien quiero ser. Es así de sencillo, por complicado, complejo y espantoso que parezca.

Cuando pienso ahora en las veces que hacíamos el amor, la forma delicada con que sus dedos exploraban mi cuerpo, el dulce tacto de su lengua, la sabiduría con la que me conducía hasta el orgasmo, me parece imposible que un acto tan lleno de ternura y amor pueda, en otras circunstancias, desbordar de odio y rabia, que lo que produce tanto placer pueda infligir tanto dolor. Me pregunto si alguna vez volveré a experimentar el goce de la caricia de un hombre, o si cada vez que un hombre penetra en mi cuerpo sentiré a un violador mancillando mi carne, si cada vez que los labios de un hombre se acercan a mis pechos me retorceré de asco y horror. Me pregunto si alguna vez lograré de nuevo disfrutar del sexo, o si el problema consiste en que me han arrebatado algo más.

Cuando abandoné el hospital y me trajeron a casa después de todas las pruebas y las horas de interrogatorio policial, mi hermano estaba tan traumatizado que se fumó seguidos cuatro canutos, como mínimo, antes de poder calmarse. «Deberíamos llamar a Travis», murmuraba sin des-

canso, y después se quedó dormido como un tronco. Aunque Travis y yo ya no somos pareja, ellos dos siguen siendo amigos. Ya lo eran antes de que Travis y yo empezáramos a salir. De hecho, fue Heath quien nos presentó, y todavía no entiendo por qué rompimos; no se lo he contado. Ya está bastante disgustado.

Y ahora estoy de pie junto a la ventana del apartamento que nunca abandono, mientras contemplo como ausente la parte posterior de media docena de torres de cristal idénticas, los ojos huecos de mi reflejo me miran, los dedos engarfiados alrededor de los omnipresentes prismáticos que se han convertido en una extensión virtual de mis manos. Un lado está abollado, debido a la caída posterior a la agresión, y mis dedos buscan la marca automáticamente, como buscarían una costra. Me llevo los prismáticos a los ojos y oigo la voz de mi madre: *Dime lo que ves*. Enfoco la obra cercana, veo a un obrero que discute con otro, golpea irritado el pecho de éste con la punta de los dedos, mientras otro obrero interviene.

Cambio de objetivo poco a poco, los dos círculos de los prismáticos se funden y separan sin cesar mientras me desplazo fugazmente de un piso a otro, sin dejar de ajustar las lentes. Por fin, me paro en el edificio que hay justo detrás del mío, me desplazo de una ventana a la siguiente, invado las vidas de los desprevenidos e ignorantes, observo sus rutinas triviales, violo su privacidad, los acerco al tiempo que los mantengo a una prudente distancia.

El teléfono que hay al lado de la cama suena y pego un bote, aunque no hago el menor esfuerzo por contestar. No quiero hablar con nadie. Estoy cansada de tranquilizar a la gente diciendo que estoy bien, que cada día todo va mejor.

No es así, y así continuará.

Aprieto los prismáticos contra mi cara, veo el universo desplegarse desde la lejanía. Es lo más cerca del mundo exterior que deseo estar.